

# Las dos tormentas

Hector Mendez



Image not found.

# Capítulo 1

## Las dos tormentas

—*"Para Itzel Mendez y Adela Garcia"*

Nadie entenderá nunca los motivos que llevaron a Ulises para realizar las acciones que, aquellos días trágicos de junio, se convertirían en el detonante que le dio fin a su vida, de la forma más horrible y descortés que a un pobre y loable desgraciado como lo fue él, podría dársele. Jamás entenderán la magnificencia en sus aberrantes actos. Lo divino en su impiedad piadosa, en su misericordia, a su incordio.

Ulises era un hombre solitario. Desventuras en su vida le habían llevado constantemente por la mala. Cerrado completamente al mundo, se había reservado sólo un lugar pequeño para sí mismo. Para su soledad y él, para sus miedos, pasiones, inquietudes, secretos y silencios. Recordaba los tiempos en su niñez donde solía, como todo niño normal, disfrutar de la amistad y compañerismo que los niños suelen tener, y en ocasiones también, de la crueldad de estos mismos. Aún así, sus más gratificantes momentos de felicidad real y pura pasaron en esta etapa. Se edificaban por el recuerdo, tan claros y vívidos como si fueran del presente mismo, de sus cuatro más cercanos amigos y fieles compañeros de innumerables historias, de viajes imaginarios, de fantasías absurdas e increíbles, todas inalcanzables en ese momento de sus vidas. Serían estos mismos y su fidelidad eternamente entera hacia ellos, lo que sería su final; serían estos cuatro seres su perdición total. Y serían, a su par, víctimas de su desgraciado y errático andar por la vida, una vida que en su culminar estaría rodeada, casi en su totalidad, de equívocas y trágicas decisiones, serían también estos cuatro viejos amigos, su redención, su salvación, su guía y su retorno de lo efímero del mundo a sus viejos, y casi olvidados, nobles ideales.

## Capítulo 2

Ulises venía de una familia pobre, su familia y él habían tenido que emigrar en busca de un mejor futuro y mejores oportunidades y una vida más digna y decorosa. De su antigua ciudad, Mikistli, inundada en la inmundicia, escapaban a su vez de desempleo, de robos, de secuestros, de asesinatos y agresiones de todo tipo. Y más importante aún huían de lo más aberrante que el ser humano podría sentir para su misma especie: la total y completa indiferencia. La indiferencia hacia el prójimo era tan culpable y soez como los actos en los que se hacía absolutamente nada. Salvador, padre de Ulises, harto de la situación de desolación, tomó a su familia, sus pocos bienes y dejaron todo lo demás atrás para poder comenzar de nuevo. A Ulises en ese entonces, a pesar de su corta edad, le tocó presenciar semejantes actos de barbarie, actos que habría de olvidar en los mejores momentos de su vida, pero que habrían de acosarle siempre y esperarían el momento para cernirse de nuevo en ella.

Ulises no tenía amigo alguno, ni antes ni mucho menos ahora que era un recién llegado a la pequeña ciudad de Techayo, una pequeña ciudad en desarrollo. Temeroso de los actos vistos en donde vivía anteriormente, solía asomarse siempre y solamente por la ventana, viendo y escuchando de lejos las risas y voces de los otros niños que afuera, ignorantes de tales riesgos y peligros, solían disfrutar plenamente y a manos llenas de ser niño. El padre de Ulises trabajaba mucho, salía por las mañanas y volvía por las tardes horas de la noche, cansado, rendido y agobiado. Trabajaba arduamente en un almacén de suministros, donde se distribuían los productos a una cadena de supermercados muy famosa en la región en aquel entonces, tras varios meses de pérdidas, su padre había llegado a solucionar el problema que tanto dolor de cabeza causaba a los dueños. Motivo por el cual se había ganado la confianza de los mismos. No parece Techayo, parece "Techingo" decía uno de sus jefes constantemente recordando los tiempos de antes, donde la corrupción y el robo tenían un índice muy bajo. Si aquí es "Techingo" no querrá saber de dónde vengo yo, ni se imagina. Salvador, a quien constantemente le habían hecho propuestas para "desaparecer" un poco de mercancía, se había negado en todas las ocasiones. Venía de esas situaciones, escapaba de ellas, no permitiría nunca que tales actos lo alcanzarán acá, y menos aún, ser él el protagonista de alguno de ellos. Estos valores y esos ideales serían la columna vertebral en la educación del pequeño Ulises.

Esperanza era una mujer trabajadora, había crecido en un pueblo y vivió durante mucho tiempo en su vida trabajando en el campo. Había conocido al padre de Ulises cuando la gran inundación había acabado con todos los cultivos en el campo y debió viajar a la ciudad de Mikistli, en busca de un trabajo para ayudar a sus padres. Dedicaba en gran medida su tiempo a cuidar a su hijo Ulises y ayudarse de él para buscar alguna fuente extra de ingresos, en varias ocasiones había hecho ollas enteras de comida para

vender a los trabajadores del almacén donde su padre trabajaba y había resultado muy bien en muchas ocasiones. Gracias a la confianza que los dueños del almacén tenían en su padre, Esperanza no tenía problemas por estar allí, por el contrario, era siempre bien recibida.

Fueron estos sucesos los que orillaron a Ulises a salir de su casa, ya que, Esperanza, al estar ocupada no siempre podía salir por los ingredientes o a otros mandados necesarios para su venta. El auxiliar a su madre le llevó, poco a poco, a ir descubriendo el entorno en el que ahora se encontraba.

Vivía en unos pequeños edificios situados frente a unas casas de dos pisos, en una colonia que aún no terminaba de ser construida en su totalidad pero que ya comenzaba de a poco a poblarse. Los edificios se encontraban de un lado en la calle y del otro lado, frente a estos, las casas de dos pisos, probablemente para familias más pudientes. Al igual que sus padres, muchas de las familias que llegaban a vivir allí venían de fuera o eran matrimonios jóvenes, fervientes parejas que ansiaban comenzar o habían comenzado apenas su propia familia, razón por la cual había más niños que adolescentes por la calle todavía semidesértica. Al final de la calle, una de las casas había sido extendida en su planta bajar para servir como tienda de abastos, donde Esperanza mandaba a Ulises por las cosas que necesitaba. Ulises se limitaba solo a eso, ir a la tienda y volver, en camino a la tienda o de regreso escuchaba a los niños que solían juntarse en el patio de alguna casa a jugar. Temeroso del rechazo por no conocer a nadie pasaba de largo.

Esperanza sabía que la niñez de Ulises estaba marcada de cierta manera por los horrores de la ciudad anterior. Esperanzada en que pudiera pronto hacer amigos, empezó a mandar a Ulises a la casa de los vecinos a hacer o dejar encargos, sabía coser con habilidad, algunos vecinos le pedían que arreglara sus prendas y ella así tenía un pequeño ingreso más. Las idas a la tienda habían dejado de ser solamente eso. Ahora debía llevar ropa, o pasar por ella, cobrar e ir con su madre de vuelta. A pesar de los esfuerzos de la madre Ulises seguía siendo un niño temeroso, sus muchos intentos eran infructuosos.

Con el pasar de los meses sus padres habían hecho buena relación con los vecinos que hasta ese entonces llenaban los departamentos en la calle que, de a poco, se quedaba sin edificios disponibles para habitarlo. Las casas frente a estos estaban habitadas casi en su totalidad, solo quedaba una disponible, la número diez, casi frente a su edificio. Fue esta lo último en ser habitado en la calle. Y con la llegada de esta familia venía también el primero de sus inseparables amigos de la infancia.

Abraham, un niño que como Ulises venía e otra ciudad tampoco tenía amigos, tenía una hermana mayor y un hermano de brazos. Sus padres habían llegado a Techayo con una buena oferta de trabajo por parte de una constructora, su padre quien era ingeniero, pasaba gran parte de su tiempo en obras, así Abraham y sus hermanos quedaban completamente al cuidado de su madre, cuya preocupación era que ellos estuvieran siempre bien, limpios y sin hambre. Eran sin duda los más ricos en su colonia. Los Muitoben eran unas personas muy amables y pronto se habían vuelto parte de la sociedad a la que habían llegado. Afines por el hecho de que ambos maridos pasaban todo el día trabajando, Esperanza y Concepción se habían vuelto inseparables, el padre de Ulises había pasado de trabajar en el almacén a hacerse cargo completamente, los ingresos habían subido y dejó de ser necesario que Esperanza los buscara por otro lado, podía dedicarse más a su hijo, y a los cafés que, constantemente, tomaba con Concepción, quien, una vez que hubo la suficiente confianza la invitó a que ambas familias pasaran un domingo de convivencia. Esperanza aceptó instantáneamente.

Fue así como ambas familias se conocieron, Juan, el padre de Abraham, conversaba de su trabajo con Salvador, le contaba sobre los diversos trabajos que tenía que supervisar, debido a que en Techayo la temporada de lluvias era muy intensa debían hacerse bastantes trabajos de alcantarillado y drenajes. Las madres de ambos niños comentaban sobre las telenovelas y alguno que otro chisme de la colonia. Abraham se encontraba ese domingo en su habitación, viendo películas en su videocasetera que sus padres le habían regalado al no tener amistades todavía.

Sube a conocer a Abraham. Decía Esperanza. Seguro que te cae muy bien. Más como un mandado qué de gusto subía Ulises las escaleras que llevaban al cuarto de su pronto nuevo amigo

Al ser de buena familia, Abraham era un niño fino y de buenos modales, tenía un poco de peso extra, era amable y servicial, su familia era católica y eran muy devotos. Cuando abrió la puerta en su habitación no esperaba ver al flaco y moreno de Ulises con su ropa ya gastada por el uso, y de mirada temerosa y un poco perdida. Pero estos no fueron motivos para que lo tratará de manera diferente o lo hiciera menos que él. Por el contrario, de la manera más atenta lo invitaba a ver las películas con él. Ulises no tenía una videocasetera, no tenía un televisor en su habitación, no tenía en su casa aire acondicionado, ni un ropero como el de Abraham, ni edredones suaves con almohadas esponjadas que olían a limpio, nuevo y fresco. Ulises no tenía nada de eso, su cama tenía un colchón cuyos alambres en ocasiones le molestaban, su almohada estaba cosida en

varias partes para evitar que el algodón se saliera, sus cobijas olían a viejo y a polvo, tenían algunos agujeros y figuras mal formadas de animales con las que su madre lo regañaba si quedaban de cabeza, toda la ropa estaba en el cuarto de sus padres y para su distracción tenía solamente un par de dinosaurios de juguete. Maravillado por la vida que Abraham vivía, recordó lo que se decía de los ricos en Mikistli. Son codiciosos y egoístas, quieren todo y solo piensan en ellos mismos. Pero ni Abraham ni su familia parecían serlo. Quizás había dos tipos de ricos. Terminaba la Película. Fue la primera vez en su vida que vio El Rey León. Después de esto Abraham invitó a Ulises a jugar en el patio con su colección de carritos y le preguntaba si tenía carritos él. Solo tengo dos dinosaurios. Tráelos y jugamos también con ellos, podemos jugar a que escapamos de los dinosaurios en nuestros carritos, tú haces tu casa y yo la mía. Ulises salió disparado por su par de dinosaurios, un cuello largo y un tiranosaurio Rex, azul y rojo, ambos un poco despintados. Al volver encontró que Abraham, como buen hijo de ingeniero civil, ya había trazado en la tierra las calles y las casas, las cuales eran solamente un bulto de tierra, pero habían puesto ramas del jardín como si fueran árboles, y así cada quien le daba su toque personal. Jugaron durante horas. Cuando comenzó a oscurecer, se encendía automáticamente una luz en el patio. Y de pronto se escuchó el llamado de Esperanza a su hijo señalando el momento de irse, pero Ulises y Abraham estaban jugando tan bien y se divertían tanto, que Concepción le pidió dejarlo, comprometiéndose a que más tarde lo dejarían en su casa, en vista de que su hijo la pasaba tan bien como nunca antes, también accedió. Los niños siguieron jugando. La madre de Abraham los había llamado para cenar y previo a comenzar, la familia de su amigo hacía oración y daban gracias, Ulises jamás había pasado por esta experiencia en la vida.

Pasada la cena, Abraham acompañado a su madre Concepción a casa de su amigo, tocaron la puerta y Esperanza esperaba a su hijo para servirle cena, mas Concepción hacía saber que ya había cenado, le dio las gracias y se despidió. A la mañana siguiente, después de haber ayudado a su madre con los quehaceres del hogar, Ulises salió inmediatamente a casa de su nuevo amigo. Así pasarían ese verano, día tras día, disfrutando de la alegría de tener un amigo.

Habían pasado dos meses desde que la amistad entre Abraham y Ulises había nacido. Juntos en ese tiempo habían hecho de todo: comer, correr, conocer y jugar con los demás niños afuera, a las escondidas, a los quemones, al hielo y al sol, fútbol, al teléfono descompuesto, y cuanta cosa se les ocurriera. Un día a Abraham se le ocurrió la gran idea de que Ulises se quedara a dormir en su casa, podrían ver películas y comer galletas por la noche. Parecía una buena idea, así que Ulises fue a pedir

permiso a su madre, insegura, Esperanza prefirió esperar a que Salvador llegara a casa y que fuera él quien tomará la decisión. Al saber de esto Salvador solo preguntó si los papás de Abraham estaban de acuerdo a lo que él les dijo que sí. No hubo ningún problema. Esa noche pusieron de nuevo El Rey León, comieron galletas hasta el cansancio y bebieron jugo de manzana y naranja. A Abraham no le faltaba nada. Tenía todas las comodidades. Cuando se prepararon para dormir Ulises le pidió un par de cobijas a Abraham, este abrió su ropero y sacó un par de ellas, extrañado de saber para que las quería, se asombró al ver que su amigo Ulises comenzaba a tender en el piso. No hay espacio para los dos en la cama, yo puedo dormir aquí y tú en tu cama. No pero eres mi invitado, no vas a dormir en el piso. Es tu cama. Eres mi amigo, si tú duermes en el piso yo también. La mañana siguiente, Concepción, encontró a los dos niños durmiendo en las cobijas de la cama, tendidas en el suelo de la habitación.

Era un lunes de agosto, Ulises se había levantado a ayudar a su madre a tender la ropa, la temporada de lluvias había terminado en Techayo y el sol resplandecía con más fuerza, él sostenía la ropa mientras su madre la tomaba para tenerla y ponerle ganchos, en ocasiones él debía hacerlo solo y debía de ayudarse con una pequeña escalera de tres escalones que tenían en un rincón de su pequeño patio trasero. Odiaba sin duda tender la ropa solo, ya que no siempre ponía bien los ganchos y, cuando la ropa se caía su madre se molestaba, más si era ropa blanca. Esperanza sirvió el desayuno, huevos con chorizo, lo mejor por las mañanas, y le daba de tomar un jugo de zanahoria que ella preparaba con un extractor que su padre había comprado con un buen descuento en el almacén donde era encargado. Todo con el conocimiento y aprobación de los dueños, claro estaba. Odiaba el jugo de zanahoria, quizás no había niño en su colonia que le gustara, pero debía de tomárselo todo. Después a bañarse y a seguir siendo niño. Esa mañana, como todas las de los días anteriores, fue a casa de su inseparable amigo Abraham. Esperaba ver, como siempre, a Concepción abrir la puerta, para acto seguido llamar de un grito a Abraham para que bajara a recibirlo. Pero no fue así. No esa mañana. Concepción le informaba a Ulises que Abraham había ido a un lugar, extraño y desconocido para Ulises, llamado escuela. Que volvería a casa a las dos de la tarde. Ulises quien no sabía leer el reloj desconcertado fue con su madre a decirle lo que había pasado. Pues vuelves a ir a las dos mi niño. Pero para eso faltan como un año ama. Tú también ya irás el que viene a la escuela. Pero para eso faltan muchos años todavía ¿Verdad?, ¿qué es la escuela? preguntaba curioso Ulises a su madre. Es un lugar donde los niños van a aprender muchas cosas, como leer y escribir. Yo voy a ir a la escuela cuando tenga como mil años. Ulises quien no tenía idea de cuánto duraba una hora, y mucho menos un año, fue repetidas ocasiones a tocar en casa de su ausente amigo. Cualquiera otra persona en el lugar de Concepción, en determinado momento, hubiera dejado de

atender la puerta, la hubiera ignorado solamente, pero en cada ocasión que Ulises tocaba, ella, siempre sonriente, le decía que aún no llegaba Abraham. En su intento número 7 vio que el automóvil de la madre de Abraham salía de su cochera, pensó en que probablemente ya irían a recoger a su amigo, aun así fue y tocó. En esta ocasión nadie abrió la puerta, volvió al edificio y se quedó sentado durante la siguiente media hora en las escaleras.

Había otros niños jugando en la calle, eran menos de los que solía haber, esto debido a que otros niños también habían entrado a la escuela, Ulises había jugado en otras ocasiones con ellos pero siempre en compañía de su mejor amigo Abraham. Iba a acercarse a ellos cuando vio de nuevo el auto de Concepción volver, y en el asiento de atrás pudo observar el rostro de su mejor amigo, al que se le pintaba una sonrisa al ver que Ulises quien también era su mejor amigo esperaba por él. Se habían vuelto los mejores amigos, pasaban horas y horas juntos, riendo y jugando. Las cenas en casa e la familia de Abraham se habían vuelto más y más frecuentes, Ulises incluso hasta cerraba los ojos y hacía oración con ellos. Cuando debiera asistir él a la escuela pediría a sus padres que lo llevarán a la misma escuela donde Abraham asistía.